

## CRÓNICA DE VIAJE A MÉRIDA

Por: Héctor Ceballos Garibay

A Emiliano, que pronto cumplirá quince años.

El objetivo principal del viaje consistía en participar en un convivio amistoso-familiar en la Ciudad Blanca, el sábado 15 de diciembre, al mediodía. Ahí me encontraría con personas esenciales de mis años universitarios en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, a fines de los años setenta del siglo pasado, cuando la Ciudad de México aún era un suculento festín académico y cultural sin que se padecieran las insufribles broncas de contaminación, inseguridad y tráfico que ahora atosigan diariamente a los capitalinos. A la mayoría de los convidados no los había vuelto a ver desde que regresé a vivir a Uruapan, en 1995, a raíz de la muerte de mi padre. Y debido a esa prolongada distancia temporal y física, fluía de mí un sinnúmero de halagüeñas expectativas tejidas de curiosidad, cariño y nostalgia.

Emi y Magui me acompañaron durante este breve periplo de cinco días por la península de Yucatán. El viernes 14 lo dedicamos a visitar los sitios emblemáticos de Mérida, una urbe muy agradable y hospitalaria que, en honor a la verdad, se encuentra muy sobrevalorada en cuanto a la ponderación de su belleza como ciudad colonial. Su riqueza arquitectónica, si consideramos la cantidad y calidad de sus edificios civiles y religiosos, es significativamente menor comparada con la majestuosidad de los centros históricos virreinales de Puebla, Guanajuato, Querétaro y Morelia. Empero, la amabilidad de su gente y lo suculento de la gastronomía yucateca hacen que este poblado sea una delicia para cualquier visitante. Otro dato muy favorable lo conforma sus bajos índices de violencia delictiva, tanto la común como la del narcotráfico. Y esto obedece, sin duda, a la eficiencia y probidad de su policía estatal, la cual aplica con rigor y en provecho de la ciudadanía los reglamentos y protocolos de seguridad y buen gobierno. Por cierto, el ejemplo yucateco resulta un caso muy aleccionador de lo errado que resulta la

política de AMLO consistente en apostarle a la centralización y militarización de los órganos de seguridad pública a través de la Guardia Nacional, sin que para ese proyecto se recuperen las experiencias específicas de las policías locales. Me refiero a su constante profesionalización, capacitación y coordinación con el ámbito federal, todo ello integrado al urgente mejoramiento de la compleja estructura regional de impartición de justicia: ministerios públicos, jueces, cárceles, cultura cívica, tejido social.

A pesar de estar desvelados, luego del viaje nocturno Uruapan-México en autobús y del vuelo temprano hacia Mérida, salimos del hotel cerca del mediodía dispuestos a “peinar” el casco viejo de la ciudad. Un tanto cansados, pero con la curiosidad turística muy encendida, recorrimos la afamada calle 60 repleta de tiendas de artesanía y restaurantes típicos. Durante la travesía a pie nos topamos con la Plaza de la Maternidad, engalanada por frondosos árboles centenarios, y con la Iglesia de Jesús (1618), sobresaliente gracias a su frontón curvo y a los adornos vegetales en su austera fachada. A pocos metros, rumbo al zócalo, apareció majestuoso el teatro José Peón Contreras, edificado a principios del siglo XX, durante la época gloriosa de la expansión henequenera, y que sobresale por su depurado estilo neoclásico francés. Aquí nos detuvimos para inquirir sobre el espectáculo musical que se anunciaba para esos días: la interpretación sinfónica de Carmina Burana; desafortunadamente ya estaban agotados los boletos. Con la desilusión a cuestas, cruzamos la calle a fin de recibir una compensación estética inmediata: el regocijo visual que nos regaló el edificio de la Universidad Autónoma de Yucatán, cuyo patio central luce arcos estilo mudéjar. Ya en 2010, invitado a impartir una conferencia sobre la Revolución Mexicana con motivo de las fiestas del bicentenario, había tenido la oportunidad de conocer este agradable ámbito arquitectónico, construido a finales del siglo XVIII. Al poco tiempo arribamos a nuestro destino: la Plaza de la Independencia, un arbolado oasis pueblerino que igual sirve de refugio al sol inclemente, de solaz cotidiano en compañía de un frutal helado o de punto de partida para un paseo en calandria. Además, aquí se encuentran, distribuidos en los cuatro costados, varios de los principales hitos turísticos de la ciudad. Comenzamos por la visita a la Catedral (1561-1598), la más

antigua en tierra continental novohispana, en estilo renacentista y la cual muestra en su fachada principal las estatuas de San Pedro y San Pablo, así como pilastras corintias y el escudo de armas iturbidista. Del remodelado interior, sobresale el gigantesco Cristo tallado en madera del altar mayor y el magnífico órgano tubular, uno de los mejores del país. Enseguida nos dirigimos al Palacio de Gobierno, interesante edificio del siglo XIX, en estilo neoclásico, que posee un acervo pictórico que ilustra la historia del pueblo yucateco. Del conjunto de obras del pintor Fernando Castro Pacheco impresionan particularmente dos imágenes: la del terrible Diego de Landa, misionero y obispo español, principal destructor de la cultura maya yucateca; y la de Jacinto Canek, valiente insurrecto indígena que fue sometido a tortura y ejecutado por la represión virreinal sin que jamás se rindiera o traicionara a su pueblo, como sí lo harían años más tarde otros héroes de la Independencia. Al abandonar el recinto, el hambre y la sed nos llevaron con urgencia al Chaya maya, célebre restaurante de comida regional. Reparadas las energías y ya con “la panza llena y el corazón contento” proseguimos la jornada turística visitando la Casa de Montejo, al sur del zócalo, sin duda el edificio civil más importante de Mérida. Construido en el siglo XVI, fue por breve tiempo la mansión de la familia fundadora de la ciudad, y sobresale por su grandioso pórtico original, obra maestra del plateresco mexicano. Actualmente alberga un atractivo museo administrado por la Fundación Cultural Banamex, en donde se exponen muebles y enseres domésticos de diferentes épocas y lugares, mismos que se armonizan estupendamente con la arquitectura del edificio. Nos restaba otro lugar de visita imprescindible antes de concluir la encomienda cultural de ese día. Magui decidió merodear por los portales y comprarse un sorbete de mamey, mientras Emi y yo recorríamos el Museo de Arte Contemporáneo Ateneo (MACAY), ubicado justo al sur de la Catedral, en lo que fuera el antiguo Palacio Arzobispal. Edificado en el siglo XVI y remodelado en los siglos sucesivos, este edificio sobresale por su inconfundible aspecto neoclásico afrancesado. Habilitado como museo de artes plásticas en los años noventa del siglo XX, además de ofrecer exposiciones temporales también exhibe de manera permanente las obras de los más importantes pintores yucatecos, particularmente las salas dedicadas a los cuadros abstractos de Fernando García Ponce, quien

participó junto con su hermano Juan, gran novelista y ensayista, en la revuelta vanguardista de los años sesenta, a lado de los escritores y artistas que formaron en la Ciudad de México el grupo de la Casa del Lago, del cual se ofrece una magnífica colección de fotografías. Las muestras de arte conceptual no produjeron en nosotros ningún tipo de impacto estético memorable, en cambio sí salimos muy complacidos con las creaciones de Fernando Castro Pacheco y Gabriel Ramírez Aznar. Al caer la noche estábamos exhaustos, sin embargo, nuestros rostros dibujaban una sonrisa de plena satisfacción.

Sábado 15. El convivio con los amigos estaba citado para la tarde-noche, así que tuvimos completa la mañana para recorrer el afamado Paseo de Montejo. Desde nuestro hotel, situado a escasas cuerdas del zócalo, caminamos unos 20 minutos antes de llegar a nuestro principal destino: el Palacio Cantón, construido en la primera década del siglo XX, utilizando una afortunada mezcla del estilo renacentista y el neoclásico, y que debido a su aspecto soberbio y a su fantástica escalera de mármol conforma el edificio más bello de esta zona de la ciudad. Por si fuera poco, en su interior alberga el Museo Regional de Antropología, cuyo acervo consiste en piezas de alta calidad histórica y estética que dan cuenta de la cosmogonía y la vida cotidiana del antiguo pueblo maya. Ya adquirido este copioso preámbulo informativo, tomamos un taxi y partimos a conocer el aún joven Gran Museo del Mundo Maya, inaugurado a fines de 2012, una polémica construcción en estilo contemporáneo, cuyo diseño arquitectónico alude a una gigantesca ceiba -el árbol sagrado maya- con cuyas raíces y ramas se abraza el acontecer cotidiano indígena. La propuesta museográfica del recinto contribuyó a mejorar nuestra comprensión de la excelsitud artística y astronómica conseguida por los pueblos aborígenes de la península de Yucatán. Otro taxi nos llevó de regreso al centro de la ciudad, justo a tiempo para tomar un baño y salir precipitadamente rumbo a la fiesta, a la cual llegamos pasadas las tres de la tarde. El festejo resultó la mar de interesante: por el cálido y memorioso reencuentro con gente entrañable, y debido a las pláticas sabrosas con viejos y nuevos amigos sobre multitud de temas, sin que faltara la polémica en torno a las desmesuradas expectativas generadas por el nuevo gobierno federal y la peligrosa frustración que paulatinamente se ha ido

extendiendo por doquier en virtud del cúmulo de hierros, contradicciones e imposiciones antidemocráticas cometidas por la clase política hoy hegemónica. Y aunque la fiesta tenía visos de prolongarse hasta la madrugada, nos despedimos a eso de las diez de la noche: teníamos que guardar energías pues al día siguiente nos esperaba una jornada turística agotadora.

Domingo nublado. Rentamos un automóvil a fin de cubrir el programa de viaje por los alrededores de Mérida: aún nos restaban tres días de vacaciones. Muy temprano emprendimos la excursión hacia el Centro Ceremonial de Uxmal, siguiendo la ruta Puuc. A diferencia de otros sitios prehispánicos, el Palacio del Gobernador, la Casa del Adivino, la Gran Pirámide, etc., descuellan por el esmerado geometrismo decorativo que se integra de manera simétrica y precisa a la monumentalidad de los edificios. En efecto, son las grecas rítmicas y los bellos relieves de figuras humanas y de motivos vegetales y zoomorfos (serpientes bicéfalas, aves alegóricas) en honor al dios Chac, lo que hace de esta zona maya un lugar excepcional. Por la tarde, teníamos proyectado una visita a la Ex Hacienda Yaxcopoil, pero hubo un cambio de planes cuando descubrimos el interesantísimo Museo del Chocolate, situado en frente de la zona arqueológica de Uxmal. Nos sorprendió el original concepto museístico de este recinto, propiedad de una familia belga. Cuenta con sedes en Bruselas, Praga y París, y ofrece una propuesta variada y atractiva: la historia del cacao, la protección de varias especies de animales en peligro de extinción (monos, jaguares, venados), y la reivindicación de ciertos árboles, plantas y flores de la región a través de su adecuada conservación y mediante eficaces fichas técnicas que destacan sus atributos medicinales. Los datos sobre el uso del cacao en tiempos mayas y su transfiguración en delicioso y nutritivo chocolate europeo, así como la rica documentación museográfica (orígenes, valor nutricional, tradiciones, maquinaria, recetas, porcelanas) se suman a la pintoresca ceremonia indígena y a la degustación del sávido brebaje que asimismo se ofrecen como parte del recorrido por este parque ecoturístico.

El lunes lo dedicamos a visitar Chichén Itzá, una de las ciudades más fascinantes de la antigüedad, cuyo esplendor civilizatorio transcurrió entre los años 750 y 1200

d.C., y la cual fue declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad en 1988. Después de un viaje de una hora y media por una carretera rodeada de pequeños arbustos y sobre suelo calizo, arribamos al centro ceremonial que, ya para entonces, tenía su estacionamiento saturado. Tuvimos, pues, que aparcar lejos y caminar entre una multitud de turistas de todas las nacionalidades. Pertrechado cada uno con botella de agua, protector solar y sombrero, por fin entramos a la espaciosa ciudad maya que se nos reveló como un inmenso caudal de acertijos y saberes insondables. Ciertamente, no obstante que los arqueólogos e historiadores descubren cada día nuevos datos sobre los mayas, aún persisten infinitos misterios que continúan maravillando a cualquier persona que se apropie de estos edificios intemporales: el Castillo, el Caracol, el Templo de los Guerreros, Las Monjas, etc. Y por ello, en tanto que espectadores contemporáneos, tenemos que hacer un esfuerzo de comprensión intelectual para aquilatar sin prejuicios el hecho de que la grandeza social, artística y astronómica de esta ciudad se hizo en el marco de una realidad insoslayable: el régimen teocrático militarista de los mayas y la práctica de sacrificios humanos con fines sagrados. Corolario: con el propósito de obtener disfrute estético y aprendizaje histórico de las civilizaciones ancestrales, el público actual debe ubicarse en los contextos históricos respectivos y trascender los límites restringidos de sus juicios morales e ideológicos. A manera de relajamiento y ya de regreso a Mérida, decidimos visitar el convento de Izamal y tomar un refrigerio en su agradable plaza pueblerina, cobijados por el manto de un atardecer dorado. Desdichadamente, a diferencia de cuando lo visité en 2010, ahora encontré descuidado este célebre monasterio franciscano, de vivaz color amarillo ocre, edificado a mediados del siglo XVI, y poseedor del segundo atrio cerrado más amplio del mundo. Rematamos el día cenando en un agradable restaurante de la céntrica Plaza de Santa Lucía.

La experiencia intensa de explorar los cenotes sagrados de los mayas, de sumergirse en sus aguas frescas y coloridas, y desde ahí apreciar las caprichosas formas de las grutas y las multiformes texturas de las estalactitas y estalagmitas, fue una lúdica vivencia que dejamos para el martes, último día del paseo. Elegimos los pueblerinos cenotes de Homún, buscando un mayor contacto con los oriundos

yucatecos y menores aglomeraciones turísticas. Un joven lugareño nos trasladó en su motoneta de un cenote a otro, visitando sólo tres de los siete que existen en la zona. La espectacularidad indescriptible de estos sitios, su imagen pródiga e inmaculada, hace que entendamos sus diferentes usos a lo largo de la historia: como lugares propicios para los rituales de los antiguos mayas, como abastecimiento de agua para regar sus campos y saciar su sed, y hasta como escondite seguro frente a la persecución inquisitorial en tiempos virreinales o durante la “guerra de las castas”. Plenamente regocijados, retornamos a Mérida sumidos en un agradable silencio. Ya en el hotel, nos bañamos y acicalamos para despedirnos de la ciudad en el bar “La Negrita”, donde nos habíamos citado con los mismos amigos de la fiesta sabatina. Teníamos miedo de que le prohibieran la entrada a Emi, por ser menor de edad. Por suerte ese día no cayeron los inspectores, y pronto nos integramos a la algarabía reinante en el antro, ya atiborrado de parroquianos que bebían y bailaban al ritmo musical de un estupendo grupo cubano. La reina de la fiesta era la magnífica cantante mexicana que acompañaba esa tarde al trío salsero; ella es pareja sentimental de un viejo camarada chilango avecindado en Mérida. Emi, que es alto y aparenta mayor edad, bebió cerveza y platicó sabrosamente con mis cuates del alma. Incluso bailó un poco, todos en bola, en el reducido espacio existente entre las mesas y los exultantes danzantes. De entre los muchos conocimientos y lecciones de todo tipo que él aprendió durante la travesía yucateca, sin duda algo invaluable quedó en su memoria: que nada resulta mejor, para decirle adiós a una ciudad, que gozar de un buen bailongo en compañía de los seres queridos.

Sés Jarhání, Uruapan, Michoacán, a 3 de enero de 2019

